

Fuego cruzado

Mejor callar

Clavando el bisturí en esta reciente antología de poesía chilena joven, a cargo de Raúl Zurita, vemos una enorme cantidad de poemas que mueren de sus propios fingimientos y mariposeos. En su conjunto, el libro sólo revela un masoquista gimoteo generacional.

IGNACIO RODRÍGUEZ A.

En un artículo más bien deshilachado —«Poquita fe en la poesía»—, publicado en Artes y Letras de El Mercurio del domingo 31 de octubre de 2004, el poeta Felipe Ruiz dice que “el nivel de distribución y tiraje es el problema esencial de la nueva poesía, no su capacidad de lanzar textos al mercado...”, y que esta marginación “se traduce en una actitud lírica esquizoide: textos sin riesgo político, cortos y digeribles como colados infantiles”.

Aunque estoy de acuerdo con lo de “lírica esquizoide”, creo que el problema de esta “nueva” poesía no es su marginación, sino su tartamudeo cerebral, su decoloración idiomática y una insufrible —no digerible— apoplejía existencial. Por lo menos eso es lo que refleja la lectura de **Cantares. Nuevas voces de la poesía chilena** (Lom Ediciones), esperada antología a cargo de Raúl Zurita. ¿De dónde sale esta

legión de escriturantes, esta horda de vatecillos(as) menguados(as) y troleros(as)? De los 42 que reúne esta antología, quizás tres o cuatro tengan algo que decir; el resto, bisutería y jactancia. No, no voy a caer en el lugar común de que la culpa la tiene el que les da el afrecho, porque él también viene “cuesta abajo en la rodada”, y no es decente hacer leña del árbol caído. Además, ¿quién se toma en serio a los críticos? Cada cual seguirá su camino y encontrará sus editores —especie casi tan vacua como la de los neobarbos—, sólo para que los bosques se sigan despoblado. Algunos, incluso, ganarán premios y serán invitados a congresos internacionales, y otros ostentarán entre sus pares el prestigio de la incompreensión del mundo que los rodea. Y se harán más y más oscuros, hasta desaparecer. Habrá también una tercera categoría: la de los que financiarán la publicación de sus propias obras, las repar-

tirán entre sus amigos y parientes y les servirán luego para recordar aquellos “buenos tiempos” de poetas.

Pero vayamos al grano... Clavando el bisturí en estas páginas, cerceno el 95 por ciento de ellas y las envío directamente al pudridero. Faltas de gracia, se mueren de sus propios fingimientos y mariposeos, de la imperdonable gangrena de la pedantería, de un parloteo como de enjambre de moscas. Frías y latosas, uniformadas la mayoría de anemia e insignificancia, no revelan otra cosa que un masoquista gimoteo generacional, que un desafinado “histerismo de la escritura”. En ellas sólo yacen voces huera que silencian las palabras. ¿Puede un antologador serio antologar, por ejemplo, un texto como «Exilio en Tánger»? Por favor, tómese la molestia de leerlo: “Una lata de cerveza pateada por el viento. / El viento que nos patea el culo, / la mantis que se agrieta. / The sheltering sky. / Y Tán-

ger es un cuarto olvidado / por las hormigas. / Y la lata que insiste en golpear en el viento / Y las hormigas / que se untan la lengua con el dedo”. Pero hay otros, como «Vacío de piernas», incluso más estólidos, si se puede: “Al final / una termina / masturbándose / con un pedazo de espejo // se rompe / se sangra”. ¿Le queda un poquito de paciencia, estimado lector? Porque quiero citarles uno que es realmente increíble; se llama «Moneda de los Muertos»: “Hoy llegué a mi casa. / Hace cinco días / Tú llegaste a casa. //

Yo, Caronte, te llevé. / Aaoio // Llanto de cera”.

Si la poesía, como dijo Montale, es un acto incurablemente semántico, ¿qué son los textos de este libro? ¿Acaso la reiteración colectiva de los **Cantares** de Pound, como dice el antologador? Yo creo que más bien la colectiva regurgitación de un malestar, arcadas y exhibicionismo. Sin embargo, hurgando y hurgando, encontramos de repente uno que otro poema como éste: “Todas las cosas suben al cielo / bajan del cielo y vuelven / a subir iluminadas / todas las cosas / renacen / en todas las cosas / vuelven / a volar este vuelo que vuelve / del sol a las praderas / porque todo baja del sol y todo vuelve /

todo baja del sol a las praderas y te pierdes / en la noche sin sol / y sin pradera”. Aquí, como dijo Cristóbal Solari en alguna crítica que le leí referida a Germán Carrasco, participe de esta antología, la poesía vuelve a ser el viejo oficio de forzar al extremo la lengua con el objetivo de decir lo que no se dice. Concluyo citando al abate Dinouart, quien en su obra de retórica **El arte de callar**, escrita en 1771 y reeditada por Siruela hace un par de años, dijo: “Sólo se debe dejar de callar cuando se tiene algo que decir más valioso que el silencio”, y “nunca se debe dejar de contener la pluma si no se tiene algo que escribir más valioso que el silencio”.